**El ateo y la pistola**

 **El título puede tener sabor a fábula o a película de misterio. Pero responde a un acontecimiento real de un elevado dramatismo humano. Acaeció hace pocos años en un campamento de concentración de Francia. Intervienen en él, como figuras principales, un sacerdote y un incrédulo.**

 **Son espectadores anhelantes de la escena de cientos de refugiados españoles. Hay en el ambiente un aire de apasionamiento. Ambos oradores cuentan con partidarios que desean el triunfo de su favorito. Se trata de una polémica sobre Dios. *¿Hay* Dios? *¿Existe* Dios? Es el tema en el que se han enlazado en acalorada discusión.**

 **El sacerdote, siempre apóstol y conquistador de almas, lo mismo en el templo y en la misión que en la cárcel, solía explicar a su auditorio temas interesantes de religión. Un día subió al estrado y les habló de Dios. Una tras otra fue exponiendo las pruebas clásicas de la existencia de un Ser Supremo, en un estilo llano y sencillo que colocaba la ciencia al alcance de todas las inteligencias.**

 **Al fin de su argumentación preguntó si alguien tenía algo que exponer, y que lo podía decir con sencillez. Aquel día uno de los refugiados gritó su disconformidad. El refugiado civil subió al estrado que ocupaba el eclesiástico y dijo:**

 **«No estoy conforme con lo que ha dicho este señor cura. Dios no existe. Y lo voy a probar. Aquí está mi reloj. Si Dios existe, le doy un plazo de cinco minutos para que me mate. Son las... Faltan cuatro minutos. Faltan tres minutos. Faltan dos minutos. Falta un minuto. No falta nada. El Dios de este señor cura no existe.»**

 **Entre los oyentes unos miraba con indiferencia, otros con menosprecio, pues el argumento era tan frágil y tonto que no servía para nada. el refutarlo. Se podía decir lo mismo de las águilas: No existen, lo juro. Si existen, que alguna de ellas venga aquí , que me piquee en los ojos. La doy otro cinco minutos. Como ninguna águila vino, luego no existen.**

 **Algo como un rugido saludó las últimas palabras del incrédulo que acababa de exponer la «prueba» de la inexistencia de Dios vulgarizada por un blasfemo entre las masas que le seguían.**

 **El orador ateo, que ni siquiera había aducido los argumentos de Sebastián Faure en su folleto «Las doce pruebas de la inexistencia de Dios», fue aplaudido, vitoreado y paseado en hombros, mientras el sacerdote no sabía cómo contener la avalancha de impiedad que ascendía a los cielos.**

 **Pero súbitamente gritó: “¡Señores, alto! Aún no he terminado”.**

 **Invitó a su oponente a subir de nuevo al estrado. Una vez hecho esto y reinando el silencio, dijo:**

 **“¿Hay alguien que tenga una pistola? ¿Una pistola cargada?..”**

 **“Ahí tiene esta pistola. No le hace falta más que darle al gatillo”, le dijo uno de los presentes, lleno de curiosidad.**

 **“Le concedo, dijo a su oponente, cinco minutos para que dispare y me mate. Son las...x horas… Faltan cuatro minutos.. faltan tres..., dos... un minuto. No falta nada. Vd. no me ha matado, luego usted no existe… Este hombre que hay a mi lado con una pistola en la mano no existe. Señores, este hombre no existe… ¿Qué les parece a ustedes?»**

 **El rostro del sacerdote estaba pálido y pálido el de su contrincante. Más bien parecían dos estatuas de cera. Pocas veces un hombre tuvo a su alcance el salir airoso de una disputa con un crimen tan impunemente. El negador de Dios se excusó con estas palabras:**

 **“¿Cómo le voy a matar yo a usted, que me ha favorecido tanto?”**

 **“Dios le ha hecho a usted más favores que yo a Vd. Y es mucho más misericordioso con los hombres que usted lo ha sido conmigo y que yo con Vd. Usted me ha respetado la vida cuando yo le pedía que me matase, como Dios se la ha respetado a usted cuando le retaba a que se la quitase.»**

 **La escena había sido de una emoción terrible. El gesto del sacerdote, de una audacia inigualable. En adelante no tendría ya valor para aquellos hombres la «prueba» de la inexistencia de Dios con que intentó convencerlos un blasfemo.**

 **Al sacerdote pudo costarle la vida su audacia. Pero Dios le recompensó aquella heroicidad, que suponía el entregarle la vida en prueba de su existencia. ¿Cómo? Con la conversión a la fe de aquel incrédulo en cuyas manos había puesto una pistola para que le matase. (Guillermo de la Torre relató el hecho en *La Gaceta del Norte,* 25/ 8/ 1951.)**

- - - - - - - - - --

 **Se podris discutir si el sacerdote hizo bien o mal en poner en riesgo su vida.. Unos lo llamarían valentía. Otros lo catalogarían como imprudencia. ¿Qué dicen los oyentes del relato?**